

BT430
.P35
1874
V.2

ES PROPIEDAD.

El que reproduzca una obra ajena sin el consentimiento del autor, ó de quien le haya subrogado en el derecho de publicarla, queda sujeto á la indemnización de daños y á las penas impuestas al editor fraudulento.

(LEY DE 10 DE JUNIO DE 1847, art. 19).

LA
PASION DEL REDENTOR.

LIBRO SEXTO.

EL PODER DE LAS TINIEBLAS.

CAPITULO PRIMERO.

La Noticia esperada.

Preso de una agitacion indefinida, Onkelos se paseaba por una de las suntuosas habitaciones del palacio de Anás. Los minutos se le hacian horas interminables, y su pecho sufría verdaderamente tormentos infernales, producidos por la pasmosa grandeza del deseo rabioso, que sin cesar le atormentaba.

Onkelos tenia fiebre, y un resuello ardiente y fatigado escapábase de su pecho ennegrecido y criminal. Sus ojos le salian de la órbita, bien así como si le quisieran escapar del cráneo, y sus pasos eran desconcertados, ora breves, ora largos; ya se paraba de improviso, ya andaba muy de prisa, siempre murmurando palabras inteligibles para todos, menos para Satanás que se las inspiraba.

Anás no estaba menos agitado que Onkelos, pero como los años habian calmado bastante el ardor de su sangre, las muestras que daba de agitacion eran menos manifiestas, menos patentes que las de Onkelos. Sin embargo, aquellos dos corazones pudridos, aquellas dos almas pervertidas, se hallaban dominadas por el mismo deseo, por el mismo afán, por el mismo vértigo.

Habia en la sala reunidos muchos sacerdotes y escribas, y sin embargo de ser tantos, un silencio sepulcral reinaba por doquier, y si alguna vez una palabra, dicha en voz baja, venia á interrumpir el silencio, no tardaba mucho este en hallarse de nuevo restablecido, porque los deseos sobran allí, sobra el ánsia á la par; la pasión del odio excitada sacudia los nervios de aquellos infames, y la lengua habia perdido, dominada por tantas emociones, el uso de la palabra.

Por fin Onkelos interrumpió el silencio, diciendo con voz breve y acento desentonado:

—Verémos si Judas nos ha cumplido la palabra. ¡Oh! si no es así, si nos ha engañado el miserable,—prosiguió rechinando los dientes con ira;—he de hacerle arrastrar por el tenebroso abismo del Gion (1).

—No temáis,—díjole Eleazar, siempre pronto á soltar la lengua y á entablar conversacion.

—¿Y por qué no he de temer?—preguntóle Onkelos con marcado acento de desprecio.—¿Acaso por qué vos abriguéis seguridad tan plena, Judas dejará de engañarnos si abriga este propósito? Valiente caso hará ese traidor de

(1) El Gion era un valle cercano á Jerusalem, en el cual segun las leyendas tenian lugar las escenas mas pavorosas. Segun los judíos allí estaba la boca del infierno, y era el punto donde las mas tenebrosas leyendas ponian la acción del drama. Referirémos estas leyendas en el *Viaje legendario á la Tierra Santa*, de que en otra parte hemos hablado ya á nuestros lectores.

vuestras buenas confianzas, y del concepto que os merece, Eleazar.

—Pero vuestros temores son infundados, Onkelos;—díjole Anás, que sentia en el alma la afrenta que el desprecio del fariseo inferia á su primogénito.

—Y ¿por qué?

—Porque Judas aprecia su vida, y á buen seguro que las tropas que le acompañan han de dar buena cuenta de él si sospechan un engaño.

—¡Es verdad!—musitó Onkelos como hablando consigo mismo.—¡Es verdad!—repitió con mas fuerza, cual si quisiera acabar de convencerse con aquella aseveracion, de lo que Anás le habia objetado.

—No es posible, pues, como veis, Onkelos, el que Judas nos haga la traicion que vos temeis.

Eleazar no se daba por entendido del desprecio del fariseo, y queriendo remarcar su triunfo, dijo lo que anteriormente acabamos de oir de sus labios; pero el discípulo de Hillel, á quien molestaban en gran manera las oficiosidades y las impertinencias del hijo de Anás, contestóle:

—Solo los tontos se fían de un traidor.

Anás y la parentela de Eleazar mordieronse la lengua oyendo la intemperante frase de Onkelos, y ya Eleazar iba á responderle con la vehemencia que conocemos en él, cuando su padre que temió un disgusto, acercándose al que el fariseo habia tan sin rebozo ofendido, le dijo:

—¡Calla! Es necesario sufrir, para que la necesaria armonía no se eche por tierra, porque entonces tal vez no conseguiríamos nuestro objeto.

—¡Pero es muy duro!—baluceó Eleazar apretando los puños, rechinando los dientes y poniéndose rojo como el vermellon.

—Mas duro seria que el Nazareno se escapara de nuestras manos. Calla, pues, y sufre. Ya llegará á su tiempo la hora de la venganza.

—¡Ah! sí; porque nunca el hebreo borra de su alma la ofensa que otro hombre le ha inferido! Callaré, aun cuando haya de morderme la lengua sesenta veces por minuto, y la patria tendrá mucho que agradecerme este sacrificio que hago en aras de su felicidad.

Eleazar hablaba siempre en tonto, como se suele decir, y sus frases eran huecas siempre como una burbuja de jabon. Onkelos despreciándolos á todos, seguia paseando en-simismado, sin curarse del mal efecto que su contestacion habia producido. ¿Qué le importaba esto al orgulloso fariseo? Dominado por una sola idea, por un solo pensamiento, este solo le ocupaba. Un minuto despues, ¿sabia acaso lo que dijera á Eleazar, y que este tan profundamente grabara en las tablas de su pecho.

Largos momentos pasaron despues de esto en silencio. En aquel antro del infierno, bajo la forma de un salon oriental ricamente adornado, nadie hablaba, nadie se atrevia á interrumpir el silencio, y todos mas ó menos participaban de los temores de Onkelos, porque el miedo es contagioso como ciertas enfermedades, y prende con facilidad en el corazon humano, como la chispa de fuego prende en la yesca?

¿Pero habia motivo para temer tanto? Los malvados siempre temen de los de su calaña: la desconfianza es la hija pequeña y mas querida del crimen, porque como los criminales se conocen, saben por experiencia propia que no deben fiarse de sus compañeros. Por eso nunca se ve nadie mas desconfiado que un malo, ni nadie mas confiado que un hombre de bien; de modo que generalmente

puede servir de norma para conocer á las personas que alternan con nosotros su mayor ó menor confianza en sus hermanos; su mayor ó menor suspicacia, para profetizar las malas acciones ó propósitos de otros hombres, de quienes nada tenemos que temer.

Onkelos, desconfiando de Judas, trataba al Iscariote conforme este se merecia, y aun cuando los temores del fariseo impaciente salieron fallidos, esto no obstante su máxima era muy cierta, y habia dicho una gran verdad, cuando al objeto de hacer enmudecer á Eleazar, le dijo que solo los necios se fian de los traidores.

Y por algunos minutos la contestacion de Anás, cuando le dijo que Judas se guardaria muy bien de engañarlés porque de otro modo los soldados le matarian, por algunos minutos, repetimos, esta contestacion concluyente pudo tranquilizar á Onkelos, pero viendo por fin que tardaban en recibir la noticia de la prision del Salvador, encarándose de nuevo con Anás le dijo:

—¿Y si no han hallado al Nazareno en el punto donde el traidor pensaba encontrarle? Y si la suspicacia del sedicioso ha podido colegir algo de los propósitos de su discípulo *mas aprovechado*, y ha tratado de burlarle y de burlarnos, ¿qué es lo que hacemos, señores?

La observacion de Onkelos no podia ser mas razonable, ni mas juiciosa, y tanto impresionó á los circunstantes, que todos se estremecieron, y hasta el mismo Eleazar hubo de confesarse para sus adentros que el fariseo era un diablo capaz de indagarlo todo, y de escudriñar todo; un diablo para cuyo talento nada se ocultaba de todo lo que podia suceder.

Onkelos viendo que nadie contestaba á su observacion, y teniendo necesidad de convencerse de que no era así co-

mo temia, persistiendo en dirigirse al viejo Anás, prosiguió:

—Y si el Nazareno se hubiese burlado de nosotros de esta manera, entonces, Anás, ¿qué es lo que haríamos?

—No seais tan pesimista, amigo mio;—replicóle el viejo pontífice, sin saber que contestar á la pregunta del furibundo fariseo.

Este no se dió por satisfecho de la contestacion de Anás, y léjos de ello tornandó á sus paseos por la sala, repetia ensimismado, y haciendo visajes y ademanes, que en otra circunstancia hablaran bien pobremente á favor de la lucidez de su juicio.

—¡Pesimista me dicen por qué soy desconfiado!... ¡Oh! Yo no sé como juzgan al Nazareno, mas si le juzgaran como yo, si le supusieran un hombre de verdadero talento, y capaz de enredar las mismas estrellas del cielo; si este concepto les mereciese *ese hombre*, á buen seguro que no me tacharian de pesimista. ¡Quién se fia de un traidor! ¡Quién confía tener en su poder al Nazareno, cuando es hombre que tal vez en esta circunstancia, que le creemos tener en nuestro poder, acaso hace cercar esta casa por sus secuaces, para arrastrar nuestros cadáveres por las calles de Jerusalem! ¡El Nazareno!... ¡Fuego del cielo en quien crea tenerlo seguro, en quien crea respirar tranquilo, sin antes verle bien amarrado y bien guardado en nuestra presencia!... ¡El Nazareno! ¡El Nazareno!...

Y así diciendo se paseaba á grandes pasos, y sus palabras fatídicas, que eran de todos oídas, prendian en todos los pechos el mismo temor que agitaba el alma del malvado Onkelos.

De nuevo suspendió repentinamente sus pasos delante de Anás y de Caifás. Aquel hombre sufría mucho, y hacia

sufrir otro tanto á sus compañeros de crimen. Puede decirse que su expiacion empezaba, antes que tuviera cumplimiento la maldad que meditaban.

Anás y su yerno se estremecieron viendo de nuevo aquel hombre ante su presencia, y se estremecieron porque empezaban á desconfiar, y les espantaba un nuevo motivo de temor que podia originarse de las palabras que Onkelos tal vez iba á dirigirles.

El fariseo con una sonrisa punzante y cáustica preguntó:

—¿Por qué no vienen?

Y como quiera que ni el uno ni el otro, de aquellos á quienes se dirigia, le dieran una respuesta siquiera, prosiguió:

—Y sin embargo hace ya mucho tiempo que están fuera. Bastante espacio han tenido para apoderarse del Nazareno, no digo una vez, sino cincuenta. ¿No os parece á vosotros lo mismo?

—¡Es cierto!—contestáronle los pontífices interpelados, bajando los ojos y poniéndolos en tierra.

Y la angustia y la zozobra iba creciendo. Algunos, como Helquías el tesorero del templo, volvíanse algunas veces á mirar espantados á un lado y á otro, temiendo que las huestes de Jesús, de que les hablara Onkelos, hubiesen penetrado ya en el salon, y se dispusieran á arrastrar por las calles, á los que se cobijaban debajo del tallado techo de la casa de Anás.

La angustia era general. Los deseos de hablar iban amortiguándose hasta en el primogénito de Anás, que por fin empezaba á parecerle algo sospechosa la tardanza que observaba en recibir la noticia de la prision del Salvador.

Onkelos seguia paseándose é impacientándose. Á veces miraba con rabia creciente á todos los circunstantes, co-

mo si les quisiera decir que ellos eran la causa de que Jesucristo no estuviese en su poder; otras veces maldecía, y juraba y se mordía los labios, y se clavaba las uñas en el velludo pecho. Los demás circunstantes participaban todos de la misma agitacion, del mismo malestar, de la misma intranquilidad. Cosa igual debe pasar en el infierno, cuando Satanás y su consejo han tramado un plan para conmover el mundo, y habiendo enviado á la tierra los ejecutores de aquel plan infernal, se abisman en la rabia de la intranquilidad, porque no reciben noticia alguna acerca del resultado obtenido por sus malvadas ideas.

De improviso vinieron á interrumpir el silencio de la casa de Anás pasos precipitados de gente, al parecer armada, que se acercaba á ella. Estos pasos hicieron en breve mas perceptibles, y por fin oyéronse resonar en las anchas gradas de la escalera del palacio, en que se hallaban reunidos los enemigos de Cristo.

Estos se levantaron todos á la vez, mirándose ansiosos.

—¿Qué será?—preguntáronse unos á otros, mas dominados acaso por el miedo que por la esperanza.

Y con los ojos llenos de espanto mirábanse y no se atrevían á contestarse. Tal les habia puesto la suposicion de Onkelos, cuando les dijo que á aquellas horas quizás los partidarios de Cristo cercaban la casa, para arrastrar por las calles á todos los que encontraran dentro de ella.

De esta congoja solo se hallaba libre el fariseo, y todos pudieron verse libres de ella un momento despues, porque sin pedir permiso á nadie, precipitáronse en la sala algunos herodianos armados, que custodiaban á dos personajes, quienes por su refinada maldad espantaron al mismo Onkelos, por aquellos dias en que se meditaba fulminar contra Jesús el imperdonable *schammata*.

Estos personajes eran Ananías y Achazías, los que habiendo querido acompañar á los verdugos del Salvador en el acto de prenderle, habian tomado tambien á su cargo anunciar anticipadamente la prision de Jesucristo á los enemigos del Señor, reunidos en la casa de Anás.

—¿Qué hay?—preguntaron todos á una viendo penetrar en la sala á aquellos sus dignos compañeros, precedidos de los dignos herodianos, como la barba luminosa precede inmediatamente á ciertos cometas, que auguran desgracias á la tierra.

El aspecto de los dos recién venidos era tan fiero, tan pavoroso, que impuso miedo á todos los circunstantes, temiendo alguna contrariedad ó alguna decepcion, pero lo cierto era que la fiereza de su aspecto la habian tomado insensiblemente sus rostros malditos, en el acto de poner la mano airada en el Salvador. Era el ángel exterminador el que habia puesto en sus frentes aquel estigma de reprobacion; era el mismo dedo que habia grabado caracteres de maldicion en el semblante del fratricida Cain, el que grabara á su vez aquellos rasgos espantosos en los rostros de Ananías y Achazías; era, en una palabra, la inmensidad de su pecado, que no cabiendo ya en su alma manchada, rebosaba tiznando la frente y el aspecto de aquellos satélites de Satanás.

Ananías y Achazías venian cansados por haber corrido mucho; así es que viendo Onkelos que no contestaban á la ansiosa pregunta universal, adelantó hácia ellos con ademán resuelto y fiero, y les dijo:

—¿Qué pasa?

—¡Está ya en nuestro poder!

Quando Onkelos oyó esta contestacion, halló que las fuerzas le faltaban para sostener su maldito cuerpo, y hu-

bo de sentarse. Una sonrisa diabólica vagó por sus labios delgados; sonrisa amenazadora y de fiera complacencia. Y apenas dominado el exceso de su alegría guturó:

—Respira, corazón mio, respira por fin. Dentro de poco podrás escupir el rostro del que tantas veces te ha humillado con sus palabras y con sus ardientes reprensiones. ¡Oh! ¿qué me importa ya morir, si muero despues de haberme vengado?... La venganza es el placer mas inefable y dulce del corazón de un israelita. Vengarse; poder pisotear al que es objeto de nuestro mas profundo odio; poderle saturar de oprobios, de tormentos, de dolores, y cuando el alma está ya satisfecha, poderle arrojar á un suplicio para decirle: *¡Ahí va eso! ¡Tú me ofendiste y yo te devuelvo la ofensa centuplicada!*... ¡Oh! ¡Oh!... ¡esto es un placer inefable; esto es vivir; esto es dicha!

Y Onkelos sonreía, pero su sonrisa daba miedo hasta á sus mismos compañeros. Es cierto que todos eran allí tal para cual, pero tambien es cierto que hasta en el mismo averno hay espíritus precitos, que se distinguen por sus propósitos crueles, entre sus malditos compañeros, y que al distinguirse, llenan de asombro á los demonios que se creyeran mas audaces y crueles.

Muchos de los allí congregados recibieron tanta alegría con la noticia comunicada por Ananías y Achazías, cuanto mayor habia sido antes su espanto, así es que alguno hubo, como por ejemplo Helquías, que siendo de un espíritu relativamente pacato, pensó tal vez morir de alegría, cuando se creyó libre de los males que poco antes temiera.

—¡Ay!—se dijeron estos;—Onkelos es un demonio que no augura mas que males; es un vampiro, que no se nutre mas que de sangre!

Anás, Caifás y Juan el secretario, demostraban una satisfacción diabólica. Habia para ellos llegado la hora tan apetecida de la venganza; Jesús se hallaba ya en su poder... ¡podian vengarse, é iban á hacerlo! ¡Oh! que gozo, que regocijo era el de aquellos malvados!

Pasadas las exclamaciones, dado lugar á los transportes alegres de sus malditos pechos, Anás hizo referir á Ananías las circunstancias de la prision del Salvador, y el malvado contóla con tanto gusto y con tal viveza, que á Onkelos se le caía la baba de los labios oyéndola. Un sultán no recibe con tanto enagenamiento las caricias de sus mujeres, y los aromosos perfumes que sobre él derraman las esclavas del harem, como el alma del fariseo recibia la relacion ardiente de Ananías.

Cuando esta hubo terminado, Eleazar, que en medio del gozo que le dominaba, habia por un momento echado en olvido la dura leccion que sus impertinencias recibieran de Onkelos, iba á dirigirle la palabra, con la porfía de un niño que refiere una anécdota á quien no la quiere oír, y esta porfía á buen seguro que le valiera otro sofocon de parte del fariseo, si este no matara en un momento la palabra en los labios de Eleazar.

Animado, pues, Onkelos por la febril exaltacion que se habia apoderado de él, no bien Ananías acabó de hablar, levantóse lleno de ardiente entusiasmo y dijo:

—¡Caifás, yo quiero hacer la relacion fiscal, y ay del que ose ponerse delante de mí para contradecirme!

—Onkelos;—dijo Caifás no menos entusiasmado que el fariseo, y corriendo á abrazarle;—vuestro ofrecimiento espontáneo nos evita suplicaros lo mismo que acabais de pedir.

—¡Oh! con qué placer acumulará mi voz sobre la cabeza del sedicioso los crímenes y los delitos que ha cometido!

El fariseo pareció concentrarse en sí mismo, para gozar avariento del placer y la alegría que henchian su alma malvada.

Pocos momentos despues, en la casa de Anás solo quedaban el viejo pontífice y sus hijos, esperando al Salvador.

Los demás habian acudido á sus puntos respectivos para preparar el pueblo, á fin de que no se alborotara al dia siguiente la ciudad.

Aquellos seres malditos procedian en todo con la cautela hija del infierno. El mismo Satanás era el que les inspiraba y dirigia; por eso sus pasos todos como se encaminaban al mal eran pasos dados con maestría, porque el demonio es el conspirador mas experto y avisado de los siglos.

CAPITULO II.

El lobo y el cordero.

Al retirarse Caifás y Onkelos de la casa del suegro del primero, tuvieron una pequeña conferencia, que juzgamos ha de ser su conocimiento del agrado de nuestros lectores, por cuyo motivo la continuaremos aquí.

Anás dijo á sus seides:

—El Sanhedrin debe reunirse en seguida para juzgar al Nazareno, y como quiera que tal vez alguien tendria algun escrúpulo si la reunion se verificase en mi casa, bueno será que se haga en la tuya, Caifás, pues siendo el pa-

lacio del sumo pontífice, tendrá la reunion mas visos de legalidad, y los que achaquen la sentencia á venganza, cuando menos no podrán decirlo públicamente, cosa que no sucederia así, si el Sanhedrin se reuniera en la casa de cualquiera otro de nosotros.

—Es muy cierto;—contestaron á una el fariseo y el pontífice; este halagado por la idea del honor que en su concepto debíale por ello redundar, y aquel satisfecho con poder dar á los actos de su injusticia, un colorido de verdad que cuando menos hiciera enmudecer en público á los amigos del Cristo y de la ley.

—Pues bien, Caifás;—prosiguió su suegro;—da las órdenes oportunas para que el Sanhedrin se reuna, y no seria malo que el mismo Gamaliel asistiera á la sesion.

—Gamaliel, sin embargo, no participa de nuestras ideas acerca del Nazareno;—musitó Caifás un poco contrariado, porque le hubiera gustado presidir la criminal sesion.

Onkelos, como hemos dicho, era amigo de Gamaliel, y se apresuró á salir á la defensa del hijo de Hillel su maestro, diciendo:

—Pero yo respondo de que Gamaliel no es partidario del Nazareno. Su retrainiento en este asunto es un misterio para mí, pero nunca indicará que haya abandonado los caminos que su padre le ha trazado en el campo de la ciencia de la ley.

—Y sin embargo, Onkelos, —insistió Caifás, —¿no os parece que la incalificable oposicion que el Nasi en este asunto nos hace, puede perjudicar nuestras buenas intenciones y propósitos?

—No. Gamaliel no hace la oposicion, y cuando yo le he oido hablar entre nosotros, solo he visto en él á un celoso defensor de la ley.

—¿Y sabeis vos si se empeñará en ver hollada tambien la ley esta noche? Está escrito que el Sanhedrin no puede reunirse mas que de dia, y sus sesiones fuera de la sala Gazith, carecen de fuerza legal.

Caifás no cejaba. El miserable creia que le iba á redundar una honra muy grande si presidia la sesion del Sanhedrin, que dictara la sentencia de Jesús. Onkelos temiendo por parte del gran pontífice alguna imprudencia, que comprometiese el éxito de aquella maldita empresa, y deseando por otra parte mortificar un poco el genio invasor y avasallador del príncipe de los sacerdotes, al cual veia invadirlo todo y abrogárselo todo, siguiendo la taimada política de Anás, Onkelos, decimos, creyó prestar un buen servicio á su escuela farisáica y al brazo de los escribas del Sanhedrin, oponiéndose resueltamente á las objeciones de Caifás.

Así es que contestó al pontífice sumo:

—Gamaliel á nada se opondrá, yo os respondo de ello. Por otra parte, ¿qué autoridad podríamos dar á la sesion del Sanhedrin si faltara el Nasi?

—Las observaciones de Onkelos son muy acertadas;—dijo Anás;—y yo por mi parte abundo en su juiciosa opinion. ¿Qué autoridad ni que fuerza tendria la sesion del Sanhedrin, si el Nasi de Israel no la presidiese?

Caifás calló vivamente contrariado. Él no dudaba que la amenaza hecha á Gamaliel habia de asegurarles cuando menos la pasibilidad del Nasi, pero hubiera querido presidir la sesion maldita, por la honra que en su concepto habia por ello de redundarle.

Anás prosiguió:

—Se hace necesario, pues, que el Sanhedrin sea convocado y que Gamaliel asista á la sesion. Encárgate de ha-

cerle saber esta noticia, y de preparar todas las cosas necesarias para el efecto.

Anás hizo un ademan inteligible para Onkelos, pero que Caifás entendió perfectamente. Aquel ademan significaba que era preciso obligar á Gamaliel á presidir la sesion del tribunal.

Así lo entendió el yerno del viejo pontífice, y con este propósito iba á retirarse, cuando Onkelos dijo:

—No nos separemos aun sin haberlo coordinado todo. Faltan testigos que acusen al Nazareno, y es necesario que esos testigos se pongan de acuerdo conmigo, toda vez que yo he de hacer la relacion fiscal.

—¡Ah! sí:—dijo Caifás revolviendo su inteligencia, al objeto de encontrar los testigos de que anteriormente se hablara, pero Anás el malvado, que pensaba en todo, y que todo lo dirigia con criminal inteligencia, observó:

—Esos testigos que pedis, Onkelos, están á vuestra disposicion, y son tan inteligentes, que creo fundadamente os complacerán.

—Sois un hombre pródigo, Anás:—balbuceó complacido el fariseo, sintiéndose inclinado á abrazar al sacerdote.

—Creo que es nuestro deber prepararlo todo. El honor de la sinagoga se halla empeñado en ello, y no soy yo de aquellos que miren ese honor con indiferencia.

—Y ¿cuáles son esos testigos?

—Os parecen bien, amigo mio, Ananías y Achazías?

—Para el efecto son hombres excelentes, y creo que se prestarán á declarar todo lo que á mí se me ocurra disponer... Pero,—continuó Onkelos al cabo de poco rato;—se me ocurre un pequeño reparo.

—¿Cuál?—preguntóle Anás.

—Que Ananías y Achazías son miembros del Sanhedrin,

y es cosa escrita que los jueces no pueden acusar á los reos... Y jueces serán de Jesús esos dos hombres.

—¿Y eso qué importa? Si hemos de atenernos estrictamente á las prescripciones de la ley, decidme, Onkelos, ¿podemos condenar legalmente á Jesús? Si no nos salimos del terreno legal, si no resolvemos hacer entender al pueblo, que siendo el crimen del Nazareno uno de los mas espantosos, uno de los que no se han cometido nunca en Israel, uno de los que la ley no podia preveer; si no nos resolvemos, digo, á manejarnos para que el pueblo crea que en las situaciones anormales la interpretacion de la ley es cosa natural, no lograremos alcanzar nada, y si condenamos á *ese hombre*, llenaremos de infamia nuestra memoria. En su consecuencia, es preciso que los procedimientos sean del todo especiales, y que el pueblo note esa especialidad, á la vez que haya quien le explique las causas de ella, y siendo así, yo no hallo inconveniente en que uno ó dos jueces se levanten para acusar al reo, mayormente cuando el crimen de que se le acusa debe ser de lesa religion, cosa que cuadra perfectamente con el carácter sacerdotal, cuyos individuos deben ser los centinelas avanzados del pueblo en materias de religion.

Anás habia expuesto con aquellas intrincadas razones un sofisma que no llegó á convencer á Onkelos, cuya clara inteligencia no se dejaba sorprender con facilidad por las mañas del viejo sacerdote.

—Es preciso, al menos,—dijo;—que la ley impere en parte si no en todo. Si los sugetos que me habeis indicado quieren ser acusadores del Nazareno, yo me alegraré en el alma, pero deben renunciar al menos á formar parte del tribunal en esa causa. El pueblo verá entonces que si uno de los jueces de Israel se levanta para acusar al reo, en el

mero hecho de convertirse en acusador, renuncia á ser juez en la causa.

—Ananías y Achazías odian tanto al Nazareno, que dudo se resignaran á dejar de emitir su voto en la sentencia.

—Deben hacerlo; es muy conveniente, sí, es muy conveniente.—De todos modos, como dos testigos no bastan para un criminal semejante, no seria inoportuno buscar algunos otros para que acusaran al Nazareno, antes que Ananías y Achazías. Cuanto mayor sea el número de los testigos acusadores, tanto mayores serán á su vez las causas de muerte del reo.

—Llamemos, pues, á Ananías y á su compañero;—dijo Anás;—y vos, amigo mio, os podreis poner de acuerdo con ellos, y en su compañía buscar otros que sean tan decididos como los dos indicados sacerdotes. Pero este acuerdo, ¿no seria mejor que lo tomaseis en casa de mi yerno, donde la sesion debe tener lugar?

—Sí, bueno será; pero yo no me muevo de aquí sin antes haber visto al Nazareno en nuestro poder, bien amarrado y bien seguro. Tengo tal concepto formado de *ese hombre*, que me espantará hasta que le vea clavado con tres clavos en una cruz infamante.

—¡Como gustéis, Onkelos, como gustéis!

Anás al decir esta última frase sonreia como una fiera. Las palabras del fariseo eran para el viejo mas dulces que la miel y que el néctar.

—¡Oh!—exclamó dentro de sí;—¡cuánto odia ese hombre al Nazareno! ¡Qué buena ayuda es la suya!

Y dichas estas palabras Anás separóse de sus dos compañeros, y Caifás no tardó en dirigirse á su casa para prevenir lo conveniente, mientras que Onkelos juntábase con Ananías y Achazías. La maldad y el cinismo de estos dos

desgraciados párias le espantaran al fariseo algunos dias atrás, pero en aquel momento, sentia aun que no fuesen tan malos y tan cínicos como hubiera deseado.

Caifás, sin embargo, no se alejó de la casa de su suegro sin antes haberle dicho:

—Entretenedle aquí hasta que ós haga anunciar que todo está preparado.

—Véte tranquilo, porque ha de ser un inefable placer para mí el preguntarle, y el verle amarrado ante mi presencia como un ladron... ¡Oh! la hora ha llegado, y ese miserable Nazareno ha de pagarme con las setenas los disgustos y malos ratos que me ha causado.

Caifás alejóse despues de esto. Y al retirarse de la casa cási maldecia á su suegro y al fariseo, que de tal manera le impidieron brillar aquella noche en la sentencia y en la causa del Salvador.

—¿Pues para qué he comprado por medio de una suma considerable el lugar que ocupo;—se decia;—si en las circunstancias mas solemnes, si en aquellas ocasiones en que conviene aparecer ante Israel y ante la historia como un gran personaje, la tutela del suegro y la intriga de ese malvado Onkelos, me obligan á formar en segunda línea?... Pero eso no será, porque aun que no presida el Sanhedrin, son tales las cosas que en esa causa intento hacer; son tan grandes los propósitos que me animan, que ó yo he de morir en la demanda, ó la historia pondrá el nombre de Caifás delante de todos los nombres, si por acaso refiere la muerte del Nazareno á la posteridad.

Caifás profetizaba sin saberlo. Su nombre y no el de Gamaliel ha pasado á la posteridad, para que le llenen de oprobio los ángeles, los hombres y los mismos demonios. Y digo los mismos demonios, porque la muerte del Salvador ha

quitado al infierno innumerables hombres, y esta es cosa que trae muy ensañado, sin duda, á Luzbel contra Caifás.

Y la casa de su suegro fue en breve desocupándose, mientras que Onkelos esperaba ver á Jesucristo preso, y Anás tomaba con majestad ridícula asiento bajo un dosel, para recibir así al Salvador del mundo.

Y aun el uno y el otro de los enemigos de Cristo hubieron de esperar largo rato, pues como los verdugos maltrataban de tal manera al Señor durante el camino, tardaron mucho en llegar á la casa del malvado sacerdote.

Onkelos estaba tan satisfecho, tan gozoso, tan alegre, que al mismo demonio hubiera abrazado con la mayor cordialidad, aun cuando el demonio se le presentara rodeado de llamas, y con un cuerpo parecido al hierro derretido.

Y esperó con ansia, con verdadero afan. Por fin llegaron á sus oidos los gritos y el ruido que metian la soez canalla que fué á prender al Salvador. Onkelos paró atento oido, por temor de ser juguete de una anhelada ilusion, y convenciéndose por fin de que era una realidad, (porque el ruido y el estruendo iba aproximándose, y venia de la parte del monte Olivete), fué á encontrar al viejo sacerdote y con frenética alegría le dijo:

—Ya se acercan. El ruido y algazara que mueve el cortejo del Nazareno llega ya á percibirse con toda distincion.

Y Onkelos volviése hácia la escalera de la casa, porque su frenesí y su impaciencia eran de todo punto inexplicables; de todo punto imposibles de dominar.

Anás, sonriendo como el avaro que há hecho un gran negocio con poco riesgo, ó mejor, como el vengativo implacable que ve próximo el término de su venganza mas anhelada, precipitóse tambien en pos del fariseo para oir de cerca el ruido y la algazara que movian los herodianos

y los soldados de Roma, llevando preso al Redentor del mundo.

El anciano pontífice convenci6se por fin de que efectivamente Jesucristo estaba muy cerca de la casa, y dándole saltos violentos el corazon, y sonriendo con la sonrisa con que lo hiciera la hiena si le fuera dado sonreirse, volvi6se al lugar donde antes se hallaba sentado, bajo un dosel adornado con ricas colgaduras de Tiro.

Y esper6. Los saltos que le daba el corazon eran mas violentos cuando las losas del embaldosado del patio de la casa resonaron á los golpes de las lanzas de los soldados, y cuando las bóvedas del palacio parecian querer desplomarse al suelo, por efecto del gran ruido que movia gritando y maldiciendo, la gente armada que acababa de penetrar allí.

En aquella circunstancia Onkelos se hallaba desconocido. Mas que hombre parecia el ardiente espíritu de la venganza y del odio en forma humana. Al parecer destellaba fuego. Su rostro estaba encendido como una amapola; sus nervios crispados dábanle frecuentes saltos; sus manos cerradas y sus puños prietos, hacíanle semejar á un frenético que se cree asaltado por muchos enemigos y que quiere defenderse de ellos á todo trance; sus labios se hallaban abiertos, seca su boca, y sus ojos inyectados en sangre brillaban como dos fuegos fátuos, con la luz eléctrica de la rabia que le devoraba.

Cuando oyó que la comitiva subía la escalera, situ6se en el centro de ella hácia el último tramo, y sonriendo con una sonrisa diab6lica, respiró con fuerza al ver á Jesús desgredado, descompuesto, derramando sangre por unas partes, y agua cenagosa y corrompida por otras.

—Así te habia soñado yo! — gritó con voz estent6rea, frenética y ronca.

Y soltó una histérica carcajada, que le sacudia todo el cuerpo con violencia, cual le hubiera podido sacudir una violenta convulsion.

Y cuando Jesucristo con los ojos fijos en tierra, el paso vacilante, la actitud humilde, y respirando lleno de congoja llegó á la grada anterior á la en que Onkelos le esperaba, fue detenido por la mano sacrílega de este, que con el frenesí de su rabia, agarr6le por la ropa calada que cubria el divino pecho, sacudió violentamente al Señor, y gritando le dijo:

—Levanta esa cabeza miserable, y pon tus ojos en mi rostro... Dí; ¿me conoces? Yo soy aquel que te he jurado una guerra de exterminio; yo soy aquel que no quiero ni la dicha eterna si debo morir sin haberme vengado de tí... Mírame, porque no quiero que me confundas con otro; yo no retrocederé ni un paso antes que te vea pendiente de una deshonrosa cruz.

Y despues de haber dicho esto, sonrió otra vez con aquella sonrisa infernal y convulsiva que el diablo ponía en sus labios, y luego sacudiendo el cieno de que sus manos estaban llenas por el contacto de la túnica del Salvador, arroj6lo á los ojos divinos de Jesús, diciendo:

—¡Ya que no has querido mirarme siquiera, miserable, ciega para que no veas á nadie mas!...

Y dicho esto apart6se á un lado para hacer paso al Salvador divino y á la compañía de malvados que le conducía.

Y les dijo:

—Anás os espera. Andad, porque el pobre desea muchos veros; andad, porque arde en deseos de daros las gracias por vuestra inteligencia en el desempeño de tan delicada mision.

Y despues de haber mirado con rabia satisfecha á Jesús,